

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Investigado y anotado –
Lucas relata de personas que recibieron ayuda por medio de Jesús
(Lucas 7:1-17)
(6 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

LUCAS 7:1-10

La fe como Jesús desea que sea (1)

Después que Jesús había terminado su sermón llamado “discurso de campo” (Lc. 6:16-49), volvió a Capernaum. Allí se encontró con un centurión romano* cuya fe personal impresionó a Jesús: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe”. ¡Qué vergüenza para Israel, el pueblo de Dios!

¿Cuál es esta fe que Jesús admiraba y que es digna de imitar por nosotros?

1. Una fe que ama

Dos veces se menciona que el centurión fue guiado en su acción por el amor. Su *siervo* era apreciado y amado por él (Lc. 7:2). Cierta día este siervo se enfermó a punto de morir. El amor movió a este centurión a organizar un pedido de ayuda, para que el siervo no muriera. Los ancianos de la comunidad judía afirmaron: “él ama a nuestra *nación*, y nos edificó una sinagoga” (v.5). El amor que este romano tenía a los judíos se hizo visible en su generoso apoyo. Probablemente no le faltaba dinero. Pero edificar un templo para un pueblo con una religión extranjera, para esto se necesitaba más que dinero. En última instancia sólo podía ser el amor por el Dios de Israel, a quién él había reconocido como el Dios verdadero.

2 Una fe que valora a los demás

El capitán no tenía prejuicios. Trataba a su siervo como a su propio hijo. Se preocupó por su estado y organizó él mismo la ayuda para el enfermo terminal. Mandó a los mensajeros para pedir ayuda a Jesús. El centurión romano tampoco tenía aversión ni reserva hacia la población judía. Al contrario: cuando la procedencia y la jerarquía no importan, esto contribuye a un buen ambiente de trabajo. ¡Cuánta bendición son las personas que aceptan a cada uno como es! Pablo nos presenta a Jesús como el mayor ejemplo: “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió” (Ro. 15:7).

*Un centurión comandó a cien soldados



Día 2

LUCAS 7:1-10

Una fe como Jesús desea que sea (2)

3 Una fe que involucra a Jesús en la experiencia

El centurión escuchó que Jesús había llegado a Capernaum. Él ya debe haber sabido algunas cosas acerca de Jesús. Quizás había escuchado de su predicación o de las curaciones en la ciudad (comp. Lc. 4:31-42). En cualquier caso, estaba claro para él: este Jesús puede ayudar a mi siervo. Es la dirección correcta para pedir ayuda.

¿De quién esperamos *nosotros* ayuda? Cuántas veces nos dirigimos primero a hombres, que ya han demostrado ser ayudadores competentes, sin pensar en dirigirnos directamente a Jesús. ¿Acaso hemos olvidado: “Mi ayuda viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra” (Sal. 121:2)?

4. Una fe basada en la autoestima correcta

Si observamos la autoevaluación del centurión, podemos sólo admirarnos. Ante Dios se sentía pequeño e indigno. A Jesús, a quien él obviamente consideraba como enviado de Dios (lo llamó “Señor”), le dijo: “no soy digno de que entres bajo mi techo”. “Por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti” (Lc.7:6b, 7a). El centurión se había encontrado con el Dios de Israel y comprendió: reverencia, humildad, inclinación, ésa es la actitud apropiada hacia Él. Sin embargo, podía hacer frente a la gente. Yo “tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste :Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace”. Soberano, con la cabeza en alto, estaba al frente de su tropa. Inclinarsse ante el Todopoderoso protege a los poderosos del abuso de poder.



Día 3

LUCAS 7:1-10

Una fe como Jesús desea que sea (3)

5. Una fe que puede pedir ayuda

La capacidad de pedir ayuda a los demás, es una fortaleza. No cualquiera la tiene. Pero uno la puede conseguir. Requiere abandonar el propio orgullo, reconocer la propia necesidad de ayuda y confiar en el otro. Quien piensa *poder* hacer todo o incluso *tener que hacer* todo, se sobreexige a sí mismo. Cualquiera que no haya aprendido a pedir ayuda, antes de caer en una necesidad, puede morir fácilmente en la necesidad.

El centurión no conocía ese orgullo. Muy naturalmente, él, preocupado por su siervo, pidió un favor a los ancianos de la comunidad de la sinagoga (v.3). Una vez más recurrió a la ayuda de otros, incluyendo a sus amigos (v.6). ¡Qué bueno, este romano tenía a suficientes intercesores que llevaban su pedido a Jesús. Aún tenía timidez de pedir al Señor directamente.

6. Una fe que confía en que Jesús lo hará todo

Llegamos al punto culminante del informe. Después que el centurión confesó a Jesús su indignidad, le presentó su petición urgente, la necesidad de su siervo: “*Dí la palabra, y mi siervo será sano*”. En su conflicto de conciencia, puso toda su confianza en la autoridad de este Señor. Para subrayar esto, añadió: “Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace”. Jesús sólo se podía asombrar: “... ni aun en Israel he hallado tanta fe”. Él quiere encontrarla hoy en mí (Mr. 5:22-24,35,36; 9:23; Ro. 9:33; He. 11:6). ¡No lo olvidemos: una fe así nunca será defraudada!



Día 4

Lucas 7:11-15

El Señor de la vida y la muerte

Jesús continuó su viaje de Capernaum a Naín, una ciudad al suroeste del Mar de Galilea. Él no fue solo. Además de sus doce discípulos le seguía una gran multitud (v.11b). Motivos muy diferentes habrán movido a los individuos a hacerlo: agradecimiento por la ayuda recibida por Jesús, entusiasmo, curiosidad ... Para todos ellos sólo importaba una cosa: querían estar cerca de Jesús y conocerle mejor. Parecía una procesión de alegría y de vida.

Cerca de la puerta de la ciudad se encontraron con otra procesión: una marcha de luto. De nuevo Lucas escribe de “mucha gente” (v.12b). Ellos acompañaban a una viuda, a cuyo único hijo llevaban a enterrar, participando en su dolor. ¡Qué angustia! Lucas enfatiza: “¡he aquí!” Quiere decir: “¡Mira!” Muchas personas no quieren enfrentarse con la muerte. La muerte crea realidades que les espantan. Pero ellos quieren vivir. Jesús miraba. Él vió a esta mujer llorando entre la multitud. El Espíritu de Dios, por el cual se dejaba guiar en todo, le había conducido directamente a ella.

Jesús se “compadeció” de esa mujer, pues *gran miseria* pesaba sobre su vida.

- Miseria en el pasado por la muerte de su esposo. ¡Cuán profundo le toca a uno, cuando el otro se tiene que ir!
- Miseria ahora y aquí por la nueva pérdida: el único hijo se murió. Ahora ella estaba completamente sola.
- Miseria vio venir en el futuro: ¿Quién cuidaría de ella?

La mujer había llegado al punto más bajo de su vida. Allí Jesús la vio.

Agar también experimentó a Dios en una situación desesperada y confesó: “¡Tú eres un Dios que me ve!” (Gn. 16:13 trad. libre). Un salmista dijo a Dios: “¡Tú no eres ciego! Tú ves todo el sufrimiento y la calamidad y tú puedes ayudar” (comp. Sal. 10:14 trad. libre)



Día 5

LUCAS 7:11-15

“¡No llores!”

Nadie le había pedido ayuda a Jesús. Él mismo tomó la iniciativa y se dirigió a la mujer afligida. En uno de sus cánticos de oración David se asombra: “¿Qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?” (Sal. 8:4, NVI) “¡No llores!” le dijo Jesús a la doliente. De boca de un hombre estas palabras suenan poco comprensivas, poco útiles. El hombre llora, cuando el alma ya no puede contener el sufrimiento, cuando la situación lo “sobrepasa”. El que está triste, *puede* llorar (comp. Sal. 42:3; 56:8; 126:5; Lm. 2:18; Jn. 11:35; 2.Co. 2:4). La palabra consoladora “¡no llores la puede decir sólo Jesús, porque Él tiene *más* que palabras consoladoras. Él tiene ayuda integral contra todas las *causas* de las lágrimas humanas.

Con autoridad divina Jesús tocó el féretro. Paró la procesión de muerte. En el silencio sepulcral Jesús habló al difunto como a un ser vivo. Lo increíble ocurrió: el muerto “se incorporó y comenzó a hablar”. La voz del Mesías trajo el alma del difunto de la muerte de vuelta a la vida, de vuelta a su madre.

En el caso del joven se trataba de la recuperación del reino de la muerte a la vida temporal. Al final del tiempo, Jesús llamará a la vida eterna. Él promete: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Jn. 5:25). Feliz aquel, que en vida ha conocido su voz y puede seguirla (Jn. 10:27,28). En el nuevo mundo Dios “enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4).



Día 6

LUCAS 7:16,17

Más que un profeta

La resurrección del joven aterrizó a todos los presentes, tanto a los que habían seguido a Jesús, como a la gente de Naín. Cuando el mundo celestial invade al mundo terrenal, el hombre reacciona con horror (comp. Lc. 1:12,29; 2:9). Él ha nacido en el pecado y debe ser hecho apto para el mundo de Dios. Él necesita un segundo nacimiento en una nueva vida con Jesús en el poder del Espíritu Santo (Jn. 3:3,5). Entonces el temor *ante* Dios se transforma en amor *por* Él (lea 1.Jn. 4:17,18).

Los testigos oculares habían reconocido una cosa verdadera: Dios vino a nosotros en este Jesús (comp. Lc. 1:68,78). Sin embargo, se equivocaron en la evaluación de su persona. Se refirieron a Jesús como un gran profeta. Gerhard Maier escribe: “*Grande* es la categoría de un Moisés, Elías o Eliseo. ... Pero se deja deliberadamente abierto quién es Él. ... No olvidemos que muchos judíos, hasta el tiempo de la pasión, consideraban a Jesús como *profeta* (Mt. 21:11; Lc. 24:19)”.

Algunas religiones de este mundo todavía llaman a Jesús profeta. Su grandeza religiosa humana no es ofensiva. Sin embargo, los cristianos confiesan que Jesús es Hijo de Dios (lea Mt. 16:16; 1.Jn. 5:5). Su naturaleza divina marca la diferencia. Esa diferencia determina nuestra eternidad. Un profeta puede decir palabras decisivas y ser un ejemplo brillante. Pero el Hijo de Dios es la palabra de redención *en persona* (Jn. 1:14a). Si Jesús fuera sólo un ejemplo, sería desesperante. El hombre apóstata de Dios siempre fallará a las demandas de Dios. Más bien, Jesús quiere realizar *en nosotros*, por medio de su Espíritu, lo que agrada a Dios y es importante para Él (comp. Ef. 2:10; He. 13:21). Ellos “glorificaban a Dios”. Con esto dieron la honra a Dios los que estaban a su alrededor por el milagro experimentado. ¡Un primer paso importante! (Lea Sal. 50:23)


